L

a profesión contable no ha podido superar las debilidades que experimenta desde la década que empezó en 1950, porque las universidades, los profesores y las organizaciones gremiales no hemos hecho lo que teníamos que hacer. Hablar de grandes logros es, como mínimo, risible, pues los grandes avances han sido provocados por factores externos, concretamente normas legales que han empujado a los contadores hacia la satisfacción de nuevos requerimientos. Imaginamos la cantidad de piedras que este comentario provocará.

Las universidades se han inclinado ante y matriculado con ciertas visiones; en lugar de ser templos de la verdad: Por eso nuestros profesores, estudiantes y egresados no conocen la película completa de las ciencias contables y de la profesión, tanto a nivel mundial como colombiano.

Es muy triste ver cómo muchos profesores dedicamos los mayores esfuerzos para hablar mal. Nos la pasamos desmitificando, deconstruyendo, en lugar de plantear avances disciplinares y mejores prácticas.

Las asociaciones gremiales, muchas de las cuales son desconocidas, otras realmente insignificantes y algunas apenas en vía de madurez, se han dejado enredar con prevenciones exógenas, como las que provienen del acceso a las posibilidades de una vida, vivienda, educación, salud y recreación digna. En lugar de trabajar por el prestigio de la disciplina y de sus profesionales han asumido posiciones basadas en ideologías económicas y políticas, propias de cualquier ciudadano, pero que corresponden a otros escenarios.

Las universidades facilitan sus infraestructuras, pero pocas veces adoptan posiciones institucionales. Los profesores amamos la anarquía que nos permite pensar y hacer lo que queramos, pues cada uno quiere brillar con luz propia, en lugar de ser un equipo de lanceros, todos comprometidos en objetivos comunes. Las asociaciones gremiales irrumpen en la educación, con tarifas más bajas, pues para ellas se trata de un medio principal de subsistencia. Ojalá la experiencia de todos se volcará sobre las universidades, antes que sobre cursos, seminarios y diplomados, que, a la final, son visiones meramente introductorias de temas que requieren de los profesionales una mayor profundidad.

Las universidades tienen en el mundo moderno una responsabilidad de transformación de la sociedad, que no admite tantas discriminaciones ni confesionalismos. Si todos estuviéramos comprometidos con la verdad, con el rigor científico, seguramente tendríamos muchas cosas en común, entre ellas la necesidad inaplazable de promover la fortaleza de los egresados. Se plantea que las universidades deben acreditar resultados en materia de inserción laboral de sus egresados. Mejor fuera que los ayudáramos a sacar adelante sus proyectos de innovación en la búsqueda de un mundo mejor.

Hay que acreditar resultados más que oposiciones.

*Hernando Bermúdez Gómez*